

## Rasgos formales

A esta variedad de temas le corresponde una amplia gama de registros: el académico del ensayo breve; el literario de las colaboraciones más íntimas y personales; el descriptivo de las evocaciones geográficas... Detrás de esta riqueza de temas y tonos, podemos encontrar una serie de rasgos comunes a todas las piezas; ejemplificaremos estos rasgos con ejemplos de «Ciudad del silencio» (28/01/91):

- Estructura libre (frente a la progresión lógica, asociaciones y digresiones que originan cambios en el avance del discurso e introducen nuevos temas): así, en el artículo citado, podría describirse la siguiente progresión: silencio > Cáceres > nominalismo > Castra Cecilia > Cáceres > silencio > cuarenta torres albarranas > sobrevolar la ciudad > cigüeñas > Cáceres, etc.
- Referencias a obras e ideas anteriores (que tienen la función de conectar el texto con una tradición legitimada por el paso del tiempo): «En una página de Butler consta algo bien sabido: el silencio es la virtud que nos hace agradables a los demás o, si se prefiere con el enunciado de Chaucer, la charlatanería es abominable a los ojos de Dios».
- Estructura deductiva (de lo general a lo particular): «El silencio parece una eternidad, y las eternidades –aun las que el hombre crean– duran tiempos que se muestran inacabables. Pisar las calles de Cáceres es como si nos encontráramos con un silencio de siglos, arraigado y perenne, metafísico y deshumanado».
- Brevedad (definida por la extensión de la página del diario).
- Carácter subjetivo (el texto proyecta la personalidad del escritor, el cual permite al lector observar cómo se enfrenta a cuestiones concretas): «Es la ciudad del tráfago y de los menestrales, la ciudad que deja en el palacio de los Golfines de Abajo una leyenda (Fer de fer) que yo veo clara, como trasunto de lo que es el vivir. Leámosla así: fer defer. Hacer y deshacer, que no otra cosa es el hombre cuando teje y desteje su azacaneado vivir».

En la mayoría de los casos, la prosa de Alvar deslumbra por su riqueza léxica: hay mucho conocimiento lingüístico en el escritor que emplea con naturalidad arabismos hoy infrecuentes (*albarranas*, *azacaneado*, *alquicelles*, *albogón*); derivados inusuales cargados de expresividad (*deshumanado*, *endolorida*, *lugarón*); originales compuestos (*falsiverdadera*, *morivivi*); o términos propios del campo y de la mar (*besana*, *pegujal*, *bojar*,

*serrijones...*). Junto a los tecnicismos del lingüista («s» implosiva, «e» paragógica) coloquialismos (*pitanza*) y voces dialectales (*zafa*).

De entre las estudiadas, la pieza más literaria, la que revela una mayor preocupación formal, es sin duda «Los ojos del doncel» (05/11/92). A partir de la contemplación de la célebre imagen de don Martín Vázquez de Arce, Alvar engarza magníficas descripciones:

«Contemplo un fragmento del túmulo, sólo el final de unas guedejas y la comisura de un labio que se insinúa. Contemplo los ojos, la nariz, las demarcadas mejillas. La sombra pone oscuridad en las cuencas y los ojos apuntan hacia una diana, invisible desde las niñas hundidas».

con párrafos de alto valor lírico:

«Ojos que no miran al cielo que espero, sino que se inclinan sobre la obra que Dios inspiró a los hombres: un libro de horas se ha sorprendido en una hoja abierta y las manos la sujetan para que se detenga. Las horas aprehendidas en el recio volumen no hieren, sino que acarician; no dan vida, sino inmortalidad. Muerte sin muerte para contemplar el tiempo, abiertos los ojos para que el sueño no sea imagen de acabamiento».

El final abierto, que en esta pieza se construye mediante una interrogación, aparece en otros artículos, bien con el mismo procedimiento lingüístico («¿Garcilaso?», 13/03/93), bien mediante una frase que introduce un concepto nuevo en el discurso que reorienta el texto precedente, como en «Ciudad del silencio» (28/01/91), donde la última frase del artículo, todo él una hermosa evocación de Cáceres y sus habitantes, presenta súbitamente la aventura americana que aguardaba a aquellas gentes: «Al despertar vieron un vuelo de cóndores».

Por último, frecuente es también que el autor se refiera a sí mismo en tercera persona («El viajero sigue en su deslumbramiento...»; «El dialectólogo no debe ser hombre muy dado a las bromas toponímicas...»; «... nombres que dejan perplejo al lingüista», etc.) aunque, por supuesto, no falte la primera persona, tanto en singular como en plural.

## Conclusión

El molde de lo que hemos llamado «columna de prestigio» es el vehículo ideal para que un escritor como Manuel Alvar despliegue todas sus posi-

bilidades de temas y registros. En efecto, la amplia libertad que este género concede a quien lo cultiva, permite tratar toda clase de contenidos (más o menos conexos con un acontecimiento inmediato) y emplear, en cada caso, el tono más adecuado a cada asunto. La gran riqueza formal y de contenido que guarda la prosa de Manuel Alvar brilla así con luz propia en un espacio reservado en exclusiva a las personalidades más relevantes.



Manuel Alvar, doctor *honoris causa*



Manuel Alvar